

NO LOS DEJARÉ HUÉRFANOS

LECTURA DE FONDO



Los Apóstoles fueron hombres valientes, lo suficiente como para dejar todo lo que tenían y seguir a Jesús. Pero su valentía no fue suficiente. Cuando Jesús fue arrestado, ellos huyeron y se escondieron. Pedro hasta negó conocer a Jesús. Solo uno de los Apóstoles, San Juan, estuvo presente durante la crucifixión. Al perder a su líder, los Apóstoles se sintieron perdidos y se dispersaron.

Jesús sabía que todos sus discípulos iban a necesitar su guía después de haber ascendido al cielo. La noche antes de morir, Jesús les aseguró: “No los dejaré huérfanos” (Juan 14, 18). Y las últimas palabras que dijo a sus discípulos antes de ascender al cielo fueron: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mateo 28,20). Pero, ¿cómo podría Jesús estar siempre con sus discípulos? Él enviaría al Espíritu Santo.

¿Quién es el Espíritu Santo?

Como aprendimos en octubre, el Espíritu Santo es la Tercera Divina Persona de la Trinidad. Desde el principio de la creación, el Espíritu ha estado obrando con el Padre y con el Hijo. Podemos verlo en el Antiguo Testamento, aunque permanece oculto de nuestro pleno entendimiento: El Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas de la creación,

el Padre sopló el Espíritu de Dios sobre el hombre y le dio vida, el Espíritu Santo habló por los profetas en el Antiguo Testamento. El Espíritu Santo se revela más plenamente en el Nuevo Testamento. El Espíritu Santo preservó a la Santísima Virgen María de todo pecado y concibió a Jesús en su vientre. Durante su vida, Jesús se refirió al Espíritu Santo como el dador de vida y el consolador. Jesús Resucitado sopló el Espíritu Santo sobre los Apóstoles y les dio poder para perdonar el pecado (Juan 20, 21-23). Él le dijo a los Apóstoles que enviaría al Espíritu Santo para darles la fortaleza que necesitarían para propagar el Evangelio: “Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra” (Hechos 1, 8).

La promesa de Jesús de una efusión del Espíritu Santo se llevó a plenitud diez días después, durante la fiesta de Pentecostés. Cuando estaban escondidos en el cenáculo, el Espíritu Santo se derramó sobre María y los Apóstoles. Ellos recibieron la ayuda espiritual que necesitaban para proclamar sin miedo a Jesús como el Señor. El Reino de Cristo estaba abierto para todos aquellos que creyeran en Él, y miles de personas fueron bautizadas ese día.

El Espíritu Santo y la Iglesia

La fiesta de Pentecostés marca el nacimiento de la Iglesia. La palabra Iglesia no se refiere solamente a un edificio. El término tiene tres significados inseparables: la asamblea litúrgica, la comunidad local y toda la comunidad universal de los creyentes. La Iglesia vive del Cuerpo de Cristo (en la Eucaristía) y se convierte en el Cuerpo de Cristo (CIC 752). Jesús fundó la Iglesia para que fuera el signo visible de su Reino en la tierra y para gobernar, enseñar y santificar su nombre. Él le dio una estructura clara: los 12 Apóstoles (representando a las 12 tribus de Israel) serían los primeros obispos y Pedro sería el primer Papa, o la cabeza visible de la Iglesia. “Y ahora yo te digo: Tú eres Pedro (o sea Piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo” (Mateo 16, 18-19). Por tanto, la Iglesia que Jesús fundó debía continuar bajo su propia autoridad y continuar la obra que Él vino a realizar. Esto lo volvemos a ver en las palabras que Jesús pronunció a sus Apóstoles durante la última Cena: “Por eso les doy el Reino como mi Padre me lo dio a mí haciéndome rey” (Lucas 22, 29). Jesús estaba diciéndoles a sus Apóstoles que les transfería su autoridad y su misión para que la continuaran, con Pedro a la cabeza.

En la Iglesia, nacida de esta efusión del Espíritu Santo, podemos conocer la plenitud del Espíritu. El Espíritu es quien:

- ▶ inspira las Sagradas Escrituras
- ▶ preserva la Tradición de los Apóstoles
- ▶ intercede por nosotros en oración

- ▶ nos fortalece y santifica mediante los Sacramentos
- ▶ nos enseña y protege mediante el Magisterio
- ▶ fortalece a la Iglesia mediante sus dones y ministerios

Jesucristo nos legó, fundó y creó la Iglesia. La Iglesia es gobernada por su autoridad y continúa su misión. Realmente es obra del mismo Dios, no tiene origen humano, sino origen divino.

El Espíritu Santo en nuestras vidas

El Espíritu Santo es el que mueve nuestros corazones y nos revela que Jesús es el Señor. Él nos confiere el don de la fe y, por medio del Bautismo, nos ofrece el don de la vida nueva en Cristo Jesús. Los cristianos que reciben la Confirmación reciben los dones del Espíritu Santo, que desarrollan nuestras virtudes naturales. Estudiaremos estos dones a detalle más adelante.

Los Apóstoles recibieron estos dones del Espíritu Santo en Pentecostés, porque, como podemos ver por sus errores en Viernes Santo, necesitaban el Espíritu Santo para poder vivir como discípulos de Jesús. “Yo soy la vid y ustedes los sarmientos”, dijo Jesús a sus discípulos. “El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, pero sin mí no pueden hacer nada” (Juan 15, 5). Jesús continuó diciéndoles que, si el mundo los odiaba, debían de recordar que el mundo lo odió antes a Él (Juan 15, 18). El discipulado cristiano es difícil, y si confiamos en nuestras propias fuerzas para obtener la valentía y la fortaleza necesarias, seguramente fracasaremos. Sin Jesús no podemos hacer nada. Pero con Él, todo es posible.

CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

LECTURA DE FONDO



Hemos aprendido que Dios realizó varias alianzas con su pueblo elegido. Todas estas alianzas eran para prepararlos para la nueva y eterna alianza realizada con la sangre de Cristo. En Cristo, las promesas de Dios se ofrecieron a toda la raza humana, y no solamente a una nación. El Catecismo nos enseña que Dios convocó “a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu” (CIC 781). El Espíritu Santo une a los cristianos bautizados de todas las razas, etnias y condiciones sociales para que formen un solo pueblo en Dios.

“Todos se han revestido de Cristo, pues todos fueron entregados a Cristo por el Bautismo. Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer, pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús. Y si ustedes son de Cristo, también son descendencia de Abrahán y herederos de la promesa” (Gálatas 3, 27-29).

¿Quién es el pueblo de Dios?

El pueblo de Dios son los cristianos bautizados de todo el mundo que creen en Dios y siguen sus mandamientos. Seguimos el mandamiento de Jesús de amarnos los unos a los otros como

Él nos amó. Nuestra misión es ser Cristo en el mundo y compartir el mensaje del Evangelio, y nuestro destino es el Reino del cielo. Para ayudarnos a cumplir con esta misión y destino, Dios nos ha dado dones y talentos especiales que nos invita a utilizar de manera especial.

Pertenecer al pueblo de Dios es algo muy superior a ser miembro de cualquier grupo étnico, político o cultural. Todos los cristianos bautizados somos miembros de la Iglesia y compartimos el ministerio de Cristo como sacerdote, profeta y rey. “Pero ustedes son una raza elegida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, un pueblo que Dios hizo suyo... Ustedes antes no eran su pueblo, pero ahora son pueblo de Dios” (1 Pedro 2, 9-10). En otras palabras, los cristianos formamos la Iglesia, el Cuerpo de Cristo.

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo

La frase “Cuerpo de Cristo” tiene varios significados. Primero, puede ser una manera de referirse a la Encarnación, que la Segunda Persona de la Trinidad tomó un cuerpo humano que ofrecería en la cruz para nuestra salvación. Cuerpo de Cristo también se refiere a la Eucaristía, la presencia real de Jesús, Cuerpo, Sangre, alma y divinidad,

bajo la apariencia del pan y el vino. La frase Cuerpo de Cristo también se refiere al Cuerpo místico de Cristo. Aquí podemos entender que la palabra cuerpo no solo describe al cuerpo humano sino al cuerpo de los creyentes unidos con Cristo y entre sí.

Durante su ministerio, Jesús habló tanto de la comunión espiritual como de la comunión física entre Él y sus discípulos. “Yo soy la vid y ustedes los sarmientos”, dijo Jesús en Juan 15, 5. Durante la última Cena, Él ofreció su Cuerpo y su Sangre para que los Apóstoles comieran y bebieran y les ordenó celebrar la Misa para todos los cristianos. En la Eucaristía participamos de una Misa eterna en el cielo y recibimos el Cuerpo de Cristo. Por tanto, somos un cuerpo en Cristo Jesús.

No solo entramos en comunión con Dios de manera individual y nos convertimos en su cuerpo, sino que esta unión hace que cada cristiano forme parte del Cuerpo de Cristo, es decir, todos los bautizados que forman el pueblo de Dios, unidos espiritual y físicamente con Él y con los demás. “...compartimos realmente el Cuerpo del Señor, que nos eleva hasta la comunión con Él y entre nosotros” (CIC 790).

La Iglesia enseña, santifica y gobierna

El Catecismo enseña que “A los apóstoles y sus sucesores les confirió Cristo la función de enseñar, santificar y gobernar en su propio nombre y autoridad” (873).

- ▶ Enseñar significa proclamar el Evangelio y preservar la pureza de la fe que nos fue transferida por los Apóstoles. El conocimiento que Dios dio a los Apóstoles es conocido como el depósito de la fe. En la actualidad, la Iglesia

continúa enseñando y guardando estas verdades como Jesús lo ordenó. En 1 Timoteo 3, 15 se revela la intención de Dios de hacer que la Iglesia sea guardiana de la verdad: “La Iglesia del Dios vivo, pilar y base de la verdad”.

- ▶ Santificar significa hacer santo. Para poder seguir ofreciendo las gracias necesarias para la salvación, Jesús instituyó los siete Sacramentos (incluyendo el que hemos aprendido durante este año: el Bautismo) como los medios principales para distribuir su gracia. Él le dio a los Apóstoles (sus primeros obispos) el poder y la obligación de administrar los Sacramentos. Los Apóstoles a su vez, transfirieron este poder y obligación a los hombres llamados al sacerdocio. Solo los sacerdotes ordenados han recibido este poder de Cristo, que ha sido transferido en una línea que no ha sido interrumpida. En el Volumen Dos estudiaremos los siete Sacramentos con más detalle.
- ▶ Gobernar significa guiar a través del servicio. Jesús les dio a sus Apóstoles el poder de gobernar. Él dijo a San Pedro “lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo” (Mateo 16, 19). Aunque Jesús eligió a 12 hombres para que guiaran a su pueblo a través del servicio, Él colocó a uno, San Pedro, a la cabeza. Esta estructura básica de la Iglesia continúa actualmente. Los obispos son los sucesores de los Apóstoles y el Papa es el sucesor de San Pedro. El poder sagrado que el Papa, los obispos y todos los sacerdotes tienen

no les pertenece, sino que es de Cristo. Es por eso que seguimos a estos líderes con confianza y obediencia. Cristo sigue gobernando a través de ellos por el poder del Espíritu Santo.

Podemos regocijarnos porque Cristo no nos dejó huérfanos. Él ascendió al cielo, pero

su presencia espiritual continúa con nosotros, de forma más poderosa en cierto modo: Él nos une y convoca a la gente de todo el mundo para hacernos uno solo en la Iglesia. Cristo es la Cabeza del Cuerpo, y el Espíritu Santo es el alma.

¡A celebrar!

SAN PEDRO
19 DE MARZO



“Ante todo, tened entre vosotros intenso amor,
pues el amor cubre multitud de pecados.”

1 Pedro 4:8



COSAS PENDIENTES PARA ESTE MES:

- 1** La fiesta de San José es el 19 de marzo. Haga tarjetas especiales para los padres en su vida y pida a San José que oren por ellos.
- 2** Vayan como una familia a recibir el Sacramento de la Reconciliación al menos una vez durante la Cuaresma.

VERSO DEL MES

JUAN 14:18

“No os dejaré huérfanos:
volveré a vosotros.”

¡RECUERDA!

Jesús fundó la Iglesia para ser el signo visible de Su Reino en la tierra y para gobernar, enseñar y santificar en Su nombre.

¡MEMORICE!

Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor. Fue concebido por el poder del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María. Sufrió bajo Ponce Pilato, fue crucificado, murió y fue sepultado. Él descendió al infierno. Al tercer día se levantó de nuevo. Subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre. Volverá a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica...



Conversaciones

EN EL COCHE

¿Qué tipo de hombre era San Pedro? ¿Por qué crees que Jesús escogió a alguien como él para ser el primer Papa?

¿Ha habido alguna vez un momento en que sintieras que el Espíritu Santo lo guiaba?

Como cristianos, somos llamados no sólo a ir a la iglesia los domingos, sino a ser la Iglesia todos los días de nuestras vidas. ¿Cómo podemos hacerlo en familia?